

MIENTRAS TANTO EN TAIWÁN...

Visiones hispánicas de Formosa

José Ramón Álvarez

Iker Izquierdo

Rachid Lamarti

Jorge Vinicio López

Fernando Darío González Grueso

José Ramos



Biblioteca **Creativa**

MIENTRAS TANTO EN TAIWÁN...
Visiones hispánicas de Formosa



Biblioteca Creativa

Editor, 佳台書店 Ediciones Catay Co.

Fotografía de cubierta, «Chatarrero»,
de Schuma Yok-Him Devn

© 2021, José Ramón Álvarez, Iker Izquierdo,
Rachid Lamarti, Jorge Vinicio López,
Fernando Darío González Grueso y José Ramos.
© 2021, 佳台書店 Ediciones Catay Co.

40758, Taichung (Taiwán)
edicionescatay.com

Primera edición, octubre de 2021

ISBN 978-986-06663-6-6

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización escrita de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley taiwanesa.

ÍNDICE

Presentación, Miguel Rubio Lastra
9

Prólogo, José Ramón Álvarez
13

El coño de las taiwanesas, Iker Izquierdo
27

El visitante, Rachid Lamarti
31

El sol sale para todos, Jorge Vinicio López
42

*De las andanzas y malandanzas de un caballero
perdido*, Fernando Darío González Grueso
59

*Estampas cautivantes de la vida diaria en
Taiwán. Apuntes reflexivo-narrativos de un
occidental atónito*, José Ramos
68

Presentar estos relatos no es sencillo. No lo es porque yo no soy escritor, pero he tenido que coger el toro por los cuernos, rendido ante el talento de los escritores que reúne este libro.

Causalidades de la vida, estas páginas son testigo del nacimiento de la autodenominada *Generación Catay*, un grupo de escritores que pasan de los cuarenta años de edad y que, desencantados y quejicosos en su mayoría, ácidos en algunos casos, soñadores en otros, a veces suspicaces, poco sociables todos ellos, pero con gran talento en la artesanía de escribir, se han prestado a relatar una pequeñísima parte de sus vivencias en esta isla. Y es que todos han vivido y «muerto» en Taiwán durante más de diez años. Algunos, tela marinera, más de cincuenta.

No dedicaré unas palabras a cada uno de ellos, no por inmerecidas, pero quiero dejar claro que presumo de haber compartido mesa y barra (de bar) con todos.

El gran dilema que se presenta tiene que ver con el diverso perfil de sus escritores y de sus relatos. Como en la legendaria arca de Noé, Taiwán viene siendo parada y refugio de diferentes especies de seres humanos. Cada uno, hijo de un padre y de una madre. Los aquí

congregados, apasionados de las letras y poseedores de una lengua común, el español, son únicos en sus extravagancias.

Abrimos las tripas del libro y nos recibe el maestro con un prólogo digno de ser memorizado por todos los que vivimos entre el mundo chino y el hispánico. Un prólogo cargado de intelectualidad, escrito de forma sencilla para que los lerdos podamos entender de una vez que estas dos culturas son irreconciliables. Pero, como dice nuestra página web:

«el nacimiento de Ediciones Catay supone un paso más en el compromiso de colaborar activamente en la convivencia multicultural y aprender de lo que los autores puedan decirnos al respecto de ambas culturas».

Todos los relatos se han añadido en un riguroso orden de llegada a la cuenta de correo de la editorial. No adelantaré nada del contenido, lo prometo. Sea como sea, me gustaría advertir del estilo... de la manera de escribir de los autores, para los que no gusten de las sorpresas. Aquellos que las prefieran, salten ya al prólogo; disfrutarán más.

El título del primer relato lo dice todo: «El coño de las taiwanesas». Pero no esperen un relato pornográfico o una arenga a las partes íntimas de la mujer. Es una genialidad simpática, directa y atrevida de alguien que ha escrito mucho, pero mucho, sobre política, filosofía e historia.

El segundo relato es «El visitante». Lo dicho, no voy a adelantar nada, pero necesito añadir que no creo

que haya en toda la isla de Taiwán alguien que domine con tal precisión las palabras y las maravillas que con ellas pueden construirse. Un POETA que ha dejado por escrito la «inocente» y desternillante historia de un ser que aterriza en estos lares.

En «El sol sale para todos» volvemos a salirnos de lo políticamente correcto. De hecho, esta gente prefería reconocerse como *Degenaración Catay*. En fin. ¿Conocen el mundo de los KTV en Asia? Seguro que algo habrán visto en la televisión o en el cine. Leer este relato supondrá un importante avance en el conocimiento de parte de las cloacas que toda cultura necesita mantener bien cuidadas. Nuestro escritor, soñador, bebedor y romántico por genética y porque sí, utiliza con suma sutileza y naturalidad un lenguaje exclusivo de la élite culta de Ecuador; no podía ser de otra manera.

El título del cuarto relato dice todo del autor y de su texto. Resulta curioso que más de diez años de vida en una cultura tan diferente a la de uno nos haya empapado de una sinceridad codiciada por muchos buscadores de la verdad. El caso es que «De las andanzas y malandanzas de un caballero perdido» recupera los textos poéticos del Siglo de Oro español (en concreto, aquel famoso soneto de Quevedo) y los trae al metro, a las calles y a los juzgados de Taipéi con sátira y mordacidad. Otra genialidad propia de esta familia de desencantados que exorcizan sus demonios con ironía, conocimiento y saber hacer bien las cosas.

Cierra filas «Estampas cautivantes de la vida diaria en Taiwán», un relato propio de los clásicos y con numerosas referencias a hechos y a autores hispano-americanos. Lógico si sabemos que su responsable,

melómano probado, atesora asimismo un conocimiento inmenso de la literatura hispana. Casi sin darnos cuenta, por suerte, descubrimos en unas pocas pinceladas la idiosincrasia formosana que a un recién llegado podría costarle años vislumbrar.

Si al lector de estos relatos, escritos con mucho cariño y con ganas de compartir experiencias y ocurrencias en este puente de grandes culturas en el que «estamos», le apetece leer más historias del estilo, que nos escriba un correo electrónico a:

edicionescatay@gmail.com

Prometo contestar y enviar una copia de los comentarios a cada uno de los seres intelectuales y grandes amigos que han participado en este libro.

Un abrazo y a disfrutar,

Miguel Rubio Lastra, *editor*

PRÓLOGO

En este prólogo no voy a presentar a los autores ni lo que han dicho ellos en estos relatos que podríamos llamar *interculturales*. Mi intención es solo exponer algunas ideas personales que a mí me han ayudado a aceptar (no digo entender, ni siquiera explicar) la manera de pensar, actuar y vivir de los chinos¹. Detrás están mis más de cincuenta años de trabajo, lecturas, experiencias y vida en esta isla. Estas reflexiones son muy personales y reflejan mi gusto por el taoísmo y el budismo, pero, a su vez, no creo que contradigan la manera de pensar y vivir de la

1 En toda esta exposición uso *chino* en un sentido cultural, para referirme a las ideas y valores de la mayoría de las personas que han nacido y crecido en una cultura china, sea de Taiwán, China, Hong Kong o hasta en la diáspora china. Aunque modernamente hay diferencias entre Taiwán y China, creo que lo descrito aquí forma un conjunto de valores que pueden aceptar todos los que participan de esa cultura china, que es diferente y hasta antagónica de lo que consideramos valores occidentales.

mayoría de los que viven inmersos en la cultura china. Si a alguien le ayudan estas ideas para acercarse al mundo chino, encantado.

Cuentan que Zhou Enlai dijo una vez que cuando un extranjero occidental llega a China y pasa allí unos días, al volver a su país escribe un libro; si está unas semanas, escribe un artículo; y si pasa un tiempo tan largo como para conocer mejor a los chinos, no escribe nada. Prescindiendo de la autenticidad de tal afirmación, es importante notar en ella dos puntos: se habla de un extranjero occidental y de un tiempo de convivencia más o menos largo con los chinos.

El primer punto señala una realidad que la mayoría de los occidentales han experimentado al encontrarse por primera vez con la manera de pensar y actuar de los chinos: desconcierto. Cuando un occidental viaja por la mayoría de los países europeos, a pesar de las diferencias en el idioma, en las comidas, en lo que hablan y discuten, etc., en general, se encuentra en un mundo que le resulta bastante conocido y familiar. Descubre que hay muchos valores y principios que funcionan de manera parecida a la suya, y hasta igual. Sin embargo, cuando ese mismo occidental pasa unos días en Taiwán (y mucho más en China), se encuentra con una estructura mental y unos valores nuevos, desconocidos y hasta chocantes o desconcertantes. Baste aquí el ejemplo de ir a un aeropuerto y ver cómo reciben, la mayoría de los taiwaneses, a los familiares o conocidos que vuelven de un viaje del extranjero. Para un español o hispanoamericano resulta extraño y llamativo ese desapego y las escasas muestras externas de afecto en los saludos. En otras palabras, en el mundo occidental y en el mundo chino, estamos ante maneras

de actuar y, por supuesto, de pensar y reaccionar bastante diversas. Implican una mentalidad y unos valores más profundos que una mirada superficial no suele descubrir ni comprender.

Pero hay un segundo punto en las palabras de Zhou Enlai que también nos hace reflexionar. Cuando se habla de las diferencias culturales y de valores, parece que solo es un problema de tiempo y que el contacto y la comunicación irán limando las diferencias para llegar a una verdadera unión y aceptación. Pero no es así lo que señalan las palabras de Zhou Enlai: cuanto más profundizamos en algo, cuanto más comprendemos la estructura interna y compleja de todo lo que es vida (y la cultura es la manifestación más rica de la vida), más crece en nosotros la sensación de asombro e incapacidad de abarcarla y comprenderla, y por eso ya ni intentamos escribir algo para explicarlo.

Aquí radica una de las diferencias fundamentales de la mentalidad occidental judeocristiana frente a la oriental budista-taoísta que puede explicar la sensación de choque o desconcierto cuando comparamos, tanto intelectual como vitalmente, la manera de pensar y vivir de estos dos ámbitos culturales.

El occidental, por la influencia de sus valores judeocristianos y griegos, fundamento de su cultura, concibe el mundo y a la persona individual como un **Orden caótico**, mientras que el chino, por la influencia de sus valores budistas-taoístas y confucianos, concibe el mundo y la personalidad como un **Caos ordenado**².

2 El idioma chino no es alfabético. Puesto que no usa letras, sino caracteres o sinogramas, no tiene posibilidad de usar mayúsculas y minúsculas. La distinción gráfica que aquí hago entre *Caos*/

EL COÑO DE LAS TAIWANESAS

Iker Izquierdo

Para Juan Manuel de Prada

Afirmo que las tailandesas huelen todas, o casi todas, a clavo y canela; y su coño, también. Es como si se lo frotaran con jabón especiado y se lo aclararan con agua del océano Pacífico. Pero el coño de las taiwanesas huele diferente y, además, hay variedades que ningún experto ha conseguido clasificar satisfactoriamente. En esto del olor a coño pasa como con el equipo de béisbol nacional, que todo taiwanés lleva un seleccionador dentro y, así, cada cual tiene su propia clasificación.

I

Los hay muy del siglo XXI, que clasifican los aromas coñiles según la lengua materna de la muchacha. Si habla *hokkien*, entonces el coño le huele a ñame o batata. Si *hakka*, le huele a salsa de soja extraída de alubia negra. Si es aborigen, le huele a licor de flores salvajes de la montaña. Y si es venida del continente con Chiang Kai-shek, le huele a colonia y a sala de máquinas de un barco mercante.

Pero esta clasificación no gusta a muchos. Sobre todo a los del Kuomintang, más próximos a China continental. «¡Divide a los taiwaneses étnicamente!», dicen, no sin falta de razón. Ellos proponen otra clasificación no basada en el lenguaje, sino en los Tres Principios del Pueblo. Según esta ideología, existen coños nacionalistas con olor a peonía; coños democráticos, con olor «según le dé»; y coños del bienestar, con olor a agua caliente y sales, que normalmente se utiliza para aliviar los pies cansados.

Pero claro, ni que decir tiene que esta clasificación tampoco gusta a los miembros del partido DPP, que la consideran partidista. Incluso el *Apple Daily* dedicó un editorial a criticar esta distinción como «una nueva burda maniobra del Kuomintang para arrebatarnos a los taiwaneses su soberanía».

Leí aquel editorial y no supe qué pensar. «Han debido de perder la cabeza», me dije. «¡Pero si las encuestas arrojan una clara mayoría favorable al mantenimiento del actual *statu quo*! ¿Nadie ha pensado cómo sería un coño estacionario?».

EL VISITANTE

Rachid Lamarti

El primer alienígena que visitó la Tierra se hospedó en el hotel Shangri-La de Taipéi.

I

Como manda el canon taiwanés, llamó a la puerta de la habitación antes de introducir la llave en la cerradura. No había olvidado la máxima de Infiltración en Ecosistemas de Baja Dimensionalidad, la asignatura que más lo marcó en la Facultad de Cosmología: cumplir los ritos locales es el mejor modo de no dar la nota. Pronto descubriría que aquí sobran tales precauciones. Inspeccionó el cuarto, descorrió las cortinas y salió al balcón. Soberbios nubarrones habían tomado el cielo por asalto. Olía a barbacoa que mareaba. Diez plantas

por debajo un detritus irregular de casas de chapa se había sedimentado alrededor del hotel. Días después presenciaría a través de las ventanas del metro un desfile de viviendas igual de estragadas. Nada alcanzaba a explicar cómo resistían no ya tifones y terremotos, sino estornudos, pasos en las escaleras, el peso de la eterna llovizna que acosa a esta ciudad. En otro sitio las habrían declarado en ruinas o confundido con un desguace; él las catalogó primero como divergencias cuánticas, y luego, tras una serie de mediciones y el análisis espectral de sus entecas estructuras, como simples efusiones de entropía a escala irreversible.

II

El Sol desfallecía con entereza, el día declinaba. Tantos edificios devastados conferían al barrio aires de hecatombe nuclear. Para acabar de adobarlo, la propia planificación urbanística, obra sin duda de un demente, favorecía la proliferación de adefesios arquitectónicos. Estaba entusiasmado. Su sensibilidad atípica le permitía descifrar patrones de belleza y armonía hasta en la más perfecta fealdad. En Taipéi pasó muchas horas escuchando embelesado la música que el moho, el óxido y la mugre interpretaban sobre las disintéricas partituras de aquellas fachadas en trance de descomposición.

III

Protagonizaba la primera incursión de su especie en la Vía Láctea. La responsabilidad no lo abrumaba: se había preparado a conciencia para la misión. Cuando el director de

EL SOL SALE PARA TODOS

Jorge Vinicio López

Una mañana tierna y virginal, de sofocante calor, típico de los veranos taiwaneses, daba la bienvenida a nuestra aventurera de ojos rasgados venida al mundo bajo el nombre de 柔琪 (Róuqí). En aquel momento matutino entreabría sus hermosos párpados humedecidos en millares de recuerdos de la noche anterior para evidenciar una reseca que le había dejado el aliento con sabor a castañuelas enmohecidas y, sobre todo, un impaciente ánimo por empezar de inmediato el nuevo día. Róuqí tenía un singular oficio que le otorgaba ese rasgo distintivo que la hacía incomparable al común de las mujeres de su misma edad. Era ella una moza que comerciaba con su cuerpo, de esas que la muchedumbre llama *dama de la vida alegre* y que acababa de entrar en su tercera década de vida. Dícese

además que era una de las más distinguidas y solicitadas entre los clientes, que admiraban de ella la delicadeza de su rostro, las gráciles formas de sus cortas caderas, sus ademanes portentosos y su magnética personalidad. Es menester destacar que dichos caballeros de la noche, asiduos visitantes de las casas de mancebía, o simplemente noctámbulos calenturientos, se disputaban como el que más el favor de la damisela con finos regalos o cuantiosas propinas para enredarse en los tentáculos, miel del éxtasis, de ese cuerpo tibio que se prodigaba en el lecho de algún cuarto de hotel de lujo.

I

Róuqí llevaba algunos años en el mundo de la prostitución de lujo. Aunque había acumulado cierta fortuna y fama, en el fondo andaba en continua búsqueda de aquel paraíso que jamás aparecía: un hombre apuesto y rico con quien formar familia, o tal vez irse de vacaciones a algún país lejano, o a lo mejor abrir un negocio. No lo sabía, tal vez no deseaba nada de eso en realidad. Vivir el ahora era lo que contaba para ella, si bien era un presente en el que no se sentía del todo dichosa. Un nuevo amanecer tocando a su puerta cada mañana significaba un perpetuo volver a empezar la misma y repetida rutina del día anterior. Róuqí era oriunda de 大甲 (*Dàjiǎ*), en las afueras de la ciudad de Taichung, famosa por los pastelillos de piña 鳳梨酥 (*fènglí sū*) y por ser desde antaño cuna de los centros de diversión nocturna de celaje deslumbrante, palacios del lenocinio que brindaban la oportunidad a las mujeres hermosas como Róuqí de llenarse los bolsillos de dinero o perecer

DE LAS ANDANZAS Y MALANDANZAS
DE UN CABALLERO PERDIDO

Fernando Darío González Grueso

Érase un hombre a un móvil pegado,
érase un móvil superlativo,
érase un móvil sayón y escriba,
era un peje espada anonadado;

era un reloj de sol mal encarado,
era una protuberancia exagerada,
érase un elefante boca arriba,
era Ovidio Nasón mal abonado.

Érase un espolón de una galera,
érase una pirámide de Egipto,
las doce tribus de 5G era;

érase un movilísimo infinito,
muchísimo móvil, tecla tan fiera
que en la cara de NAVER fuera delito.

(Re-Quevedo Son. 4. «Cosas de la vida»).

CAPÍTULO 1000111101

*Que trata de la enésima salida
que de su tierra hizo
el ingenioso fijodalgo*

Andaba el afamado caballero por tierras de Formosa, plétora de natura salvaje, cuando un día, y sin quererlo, se topó con una máquina prodigiosa que surcaba el cielo sobre unos rieles en el aire. Se irguió sobre sus talones, a falta de montura, y vislumbró el prodigio en todo su esplendor. ¿Hasta dónde es capaz de llegar la inventiva humana? ¿Qué retos no serán fácilmente vencidos? En estas discusiones se enjutaba cuando un torrente humano lo atropelló: damas en sus cincuenta, haciendo caso omiso a las advertencias de los manidos jóvenes y de los bien educados *laboratores* del transporte, empujaron, se colaron delante de las filas de las muchas personas con ética y, sin dilación, ocuparon sus lugares en los asientos del vagón. Y digo *sus*, porque, válgame Dios, son de su posesión, y cuidado tenga el que ose disputarlos. El bueno del hidalgo, con distancia hacia esa desvergüenza contraria al buen uso del país, se aisló al final del vagón, contra la pared, junto a los portones de doble hoja, mas sin entorpecer el paso, pues es de bien nacido ser cuidadoso. Cual ajusticiado, y de cara al ejecutor (ejecutoras) se le vinieron a la cabeza locuras varias, recuerdos de países recién salidos de dictaduras y alucinaciones por el estilo. ¿O más bien se le fue la cordura y se dedicó a observar? A imagen de la obra maestra de Friedrich Christian Anton Lang, decenas

ESTAMPAS CAUTIVANTES
DE LA VIDA DIARIA EN TAIWÁN

Apuntes reflexivo-narrativos de un occidental atónito

José Ramos

*A José Ramón Álvarez,
Maestro Saltamontes*

Cautivante y pródiga isla de Taiwán, aquella *Ilha Formosa* que los intrépidos navegantes portugueses (los primeros europeos en avistarla) visitaron a finales del siglo XVI. ¡Ah, temerarios y errabundos navegantes portugueses, aquejados de su *saudade* fatalmente incurable! ¡Siempre tan cerca del paraíso y, al mismo tiempo, siempre tan lejos de su tierra natal! ¿Se permitirá al occidental atónito que borronea estas páginas, es decir, a un hijo de portugueses emigrantes, nacido

en la muy remota y antaño heroica (y hogaño desdichada) Venezuela, y residente en la República de China-Taiwán desde hace veintiséis años, la puntual ligereza de fantasear con el fortuito relato de que quizás algún antepasado suyo figuró entre aquellos temerarios y errabundos navegantes portugueses de cinco siglos atrás, y que el afanoso destino de este descendiente suyo no sería otro que el de seguir sus lejanas huellas y cerrar así el antiguo círculo, recalando finalmente en esta Isla Hermosa? ¡Dioses torvos y burlones! ¡Salve, osados navegantes lusitanos, Vasco da Gama, Álvares Cabral, Magallanes, naves finalmente quemadas, mares infinitos y borrascosos, hados traviesos y bienaventurados! ¡Salud, hermosa, hospitalaria y recóndita isla de Taiwán-Formosa!

I

Una isla hermosa devorada por sus imágenes

Más de quinientos años después, Taiwán es ahora, además de *hermosa*, una isla en la que buena parte de sus habitantes se entrega, diríase que harto gozosa y extasiada, a un narcisismo desenfrenado y embriagador: por doquiera todo es pantalla, fotografía, retrato, autorretrato, espejo, cámara, lente, representación, reflejo, imagen. Imágenes, fotografías, autofotos (*selfies* maniáticos y cansinos), instantáneas repetidas infinitamente. Imágenes omnipresentes y autosuficientes. Imágenes apremiantes e imperativas. Regodeo vertiginoso de imágenes. Torbellino arrasador de imágenes. Es la imagen de *la* imagen, *por* la imagen y *para* la imagen.